

por la cual millones de seres humanos en todo el mundo se desidentifican del reparto de roles sociales" (pp. 226-227). Esto permite definir a la "burocracia", en tanto "sobreidentificación" con el rol social, como lo contrario de la militancia. Y es uno de los puntos de ruptura explícitos entre la teoría de la militancia y el pensamiento peronista tradicional, que insiste en la sectorialización de los trabajadores –introduciendo en el ideal de "la comunidad organizada" peronista el germen de "lo propio" y el individualismo egoísta (cf. pp. 228).

Esta observación delinea las secciones finales del libro, en tanto lo que sigue es una reflexión en torno al rol del intelectual con respecto al pueblo. Las tendencias inmunológicas han prevalecido en los dos modos contrapuestos del imaginario del intelectual revolucionario: o bien vanguardia iluminadora –el intelectual que pone la cabeza pero no el cuerpo, e indica desde afuera al pueblo el curso de acción que ha de seguir–, o bien como retaguardia oscurificada –que "sublima" al pueblo como portador de una verdad inmediata y pura, libre de toda sofisticación y mediación teórica, a la que el intelectual, que en este sentido no pertenece plenamente al pueblo, nunca accederá (cf. pp. 234-237). Todo esto se asienta en una división corporativa "pueblo-intelectual" que debe desaparecer en la organización militante –como todas las demás–. En ella, todos ponen tanto el cuerpo como la cabeza, y todos los saberes y técnicas son valiosos y puestos en pie de igualdad en vistas a su utilización táctica, en cada caso.

Dado que no existe un núcleo de verdad exterior o trascendente a la organización militante, pero que ella supone, sin embargo, un criterio de jerarquización y distribución de funciones (esto es, en definitiva, lo esencial de la *organización*), se vuelve

necesario una suerte de "verticalismo sin Dios" (p. 248). Entre las muchas nociones espontáneamente denostadas por el sentido común liberal y por buena parte de la teoría política de izquierda (como "responsabilidad" o "disciplina"), Vilela finaliza desarrollando un elogio a la verticalidad, junto con una crítica al horizontalismo. Este último mantiene un ideal de autonomía subjetiva, según el cual "nadie debe decidir por mí más que yo", abrazando la individualidad egoísta y la desconfianza en el otro; el verticalismo de la organización militante, en cambio, parte de la idea de que "yo es otro" y "milito por otro", y desde entonces la conducción no resulta una imposición exógena sino una tendencia liberadora. De ahí que (y así concluye este capítulo final), "necesitamos una nueva teoría de la dependencia", dependencia respecto a los otros con quienes nos componemos activa y responsablemente, en la medida en que solo nos liberamos "con y por los otros organizando el lazo común" (pp. 260-261). Una revaloración de la disciplina, la verticalidad y la dependencia, como vectores de politización –y, por eso mismo, de emancipación– que dan a la vida militante una dimensión mística y espiritual cada vez más ausente –y más necesaria cuanto más ausente– tanto en la academia como en la industria cultural.

## ¿Qué hacemos mientras tanto?

ANABELLA SCHOENLE  
(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA)



Reseña de Dufourmantelle,  
Anne, *Elogio del riesgo*,  
traducción de Simone Hazan,  
Buenos Aires, Nocturna editora,  
2019, 271 pp.

Recibida el 28 de mayo de 2022 –  
Aceptada el 30 de junio de 2022

Estar frente al texto de Anne es estar frente a un texto bello, que es como estar frente a lo bello de las palabras. Esas palabras que aligeran un momento y dejan una estela de tranquilidad para habitar lo propio de la fragilidad en la que estamos. Bello no es perfecto como un Platón tradicional, sino como el Platón que ella cita en el epígrafe del comienzo. "El riesgo es bello", dice. Y sí. No sé cómo lo plantea Platón, pero Anne lo baila. Y lo baila como se baila una vida. Quiero decir, la belleza de estas palabras es la del riesgo que es vivir. ¿Habría tenido Anne la duda de nombrar a este texto "Elogio de la vida"? ¿Podremos decir que la vitalidad que encontramos en el texto hace de algún modo a su vida *aún*, digo, aún a pesar de su temprana muerte?

Me propuse reseñar *Elogio del riesgo* porque fue inmediato el *con el texto* que se construyó desde las primeras líneas que leí. El texto es una acción permanente de ejercicio de búsqueda y encuentro. Ese ejercicio opera internamente en el texto y también, externamente, con el lector. Esto último ocurre por la apelación a una especie de saber que encontramos presente en la circulación de saberes sociales, existenciales, culturales que *se saben*. Sobre ello, Anne discurre desarmando y rearmando espacios que permitan el movimiento de eso sabido. Por ejemplo, sabemos que estamos vivos –no estaríamos ni yo escribiendo, ni alguien leyendo, si no fuera así, sabemos que se está en la vida. También sabemos, más oblicuamente, que se está en riesgo. Pero se sabe *mal*, si tiene sentido decirlo pronto y torpemente, porque el riesgo se suele presentar como término en tensión con la vida. Riesgo se parece mucho a muerte. El riesgo es una parte muy importante de lo que creemos que se sabe, que está entre nosotros, y que intentamos evitar porque nos genera una sensación de temor. Esa evitación es múltiple, explícita-

mente o no, y opera en muchos aspectos del recorrido de una vida. Además, el riesgo se inserta -por la tensión mencionada en el dualismo vida-riesgo- en otro dualismo, el que se compone con vida-muerte. Se equipara, entonces, el "riesgo" a la "muerte". Sin embargo, hay una partecita importantísima en esto: renunciar al riesgo o a la vida es salirse del juego, por lo tanto, es elegir la muerte para evitar morir. En el dualismo riesgo – vida, renunciar al riesgo no es apostar a la vida. El desarme de ese dualismo es una de las cosas que sucede en el texto de Anne. Si podemos jugar con el significado, digo aquí que el texto de Anne *quita las armas* al dualismo riesgo-vida. El riesgo que elogia no se opone entonces a la vida, ni la ataca. El riesgo compone la vida, como las palabras en las que estamos. Ahora bien, que el riesgo no sea igual a la muerte no quiere decir que no exista la muerte. ¿Cómo hacemos, entonces, para vivir desarmados y mortales?

"Toda palabra es susceptible de interpretación y, por lo tanto, de derrocamiento, se lleva como se lleva el hábito, con la frase asesina en el bolsillo, el chiste en el hombro y la frase ya lista en la boca. El dejarse ir está excluido. La palabra es un arma. La única aquí" (p. 259). Se está en las palabras, decimos entonces. Anne dice, "Muy rápido, muy pronto, el ejercicio de hablar se vuelve un ejercicio de poder, evidentemente desde la infancia" (p. 126). Y continúa la reflexión como historizando brevemente, el grito original, el llamado y, luego, la palabra que "da forma al deseo, a nuestra entrada en la existencia" (p. 126). El lenguaje está aquí, lógicamente, si hay palabra, hay lenguaje. Y el lenguaje es del cuerpo. Un cuerpo que, en *Elogio del riesgo*, se revela atravesado por lo que lo excede.

Como lectora me pregunté, cada vez, ¿cuál es el riesgo que se elogia aquí? Y no hay uno solo, claro. Riesgos hay muchos. Pero

la sensación de respuesta unificada que necesitaba encontrar, que era la necesidad de *saber* cuál es el riesgo del que me estoy perdiendo, desde una perspectiva finalista y algo sustancialista, se fue desarmando. Algo del significado de ese riesgo que se elogia se fue anudando alrededor de la figura del ejercicio libre de una resistencia, la resistencia a la muerte. Pero no cualquier muerte, distingo aquí para que se aprecie: no se resiste a morir, se resiste a La Muerte. La que se escribe con mayúscula y se parece mucho a La Vida que se escribe con mayúscula también. El riesgo es el ejercicio que permite habitar una muerte, una vida, una muerte, una vida, y así... o *aún*, como les gusta decir a quienes trabajan desde el ámbito psi.

Como amante de la filosofía, me pregunté, ¿por qué no leo más de este *mundo psi* que es *tan filo*? Supongo que no me puedo responsabilizar por la división de las humanidades en la actualidad. Así que me tranquilicé pensando, gracias a Anne, que las humanidades en este texto se entrecruzan, y recordé que me gusta pensar que la filosofía tiene una permeabilidad tal que incluye dentro de su espectro estos textos y que puedo, entonces, animarme a decir que este es un texto de filosofía. Pero quizás sea más atinado decir que este texto *filosofa*. Y no sería lo que es sin las teorías de las que se nutre. Entre ellas se pueden reconocer temas del campo psi, de la antropología, de la literatura, de la historia, y tantas otras. "Ejercitarse en perder la orilla" dice ella, y eso encontramos aquí, la zambullida frágil y decidida en cada aspecto del tema del riesgo, que permite, en sus palabras, encontrarse envuelta "en un bucle de deseo". Si no ejercitamos la pérdida de la orilla, que es la pérdida de lo conocido, la repetición está asegurada. De modo alternativo, si la ejercitamos, el deseo se mueve; y el deseo se escribe en

algún lenguaje y hace puente con otros. De esa manera nos acercamos al hacer que podemos - "Los humanos hacen lo que pueden con su historia" (p. 223) - y nos alejamos del no-hacer, agreguemos, los humanos no hacen lo que no pueden. No quiero spoiler los riesgos que Anne tan bien, bellamente -insisto- recorre y desarma. Menciono, entonces, el riesgo de incompreensión al que están sometidas algunas partes del texto. Anne es desafiante en este texto, su palabra es provocadora -se percibe que el gesto está emparentado con el contenido de lo escrito-. Por ejemplo, en "Minúsculas, mágicas dependencias", título de uno de sus fragmentos en el que las dependencias (actualmente demonizadas) se tornan una forma de moverse, entre tantas otras y que, de modos específicos, inventados cada vez, pueden formar parte de aquello que es el riesgo de vivirse. Es que encontramos que, allí de donde queremos salirnos como si fuera el enemigo de la época, encontramos la oportunidad de variar. Dependo sí, pero de este modo, en este momento, hasta dentro de un ratito, cada vez. Y escribe, dice, explícita que "El amor es un arte de la dependencia" (p. 21). Riesgosa, Anne.

El riesgo a creer aparece aquí, también. La creencia tiene su lugar frente a la verificación que pretende el conocimiento. Conocer construye una especie de exigencia racional que termina por aplastar otros movimientos posibles. Anne hace un rodeo sobre las creencias fideísticas propias de los dogmatismos para pensar en aquellos actos de fe que construyen un saber seguro, aunque no certero. Dar un salto por sobre la razón cuando es necesario, es decir, creer se vuelve una especie de apuesta. Es una forma de abrir la posibilidad de estar frente a lo increíble. Es increíble, por eso, creo. Anne retoma la posición de algunos filósofos. Se refiere a Pascal y Kierkegaard

como quienes eligen la creencia cuando la imposibilidad de la continuidad racional se hace presente. Ellos asumen un riesgo, el de creer frente a la paradoja, el de tomar vuelo para dar un salto justo allí donde el espacio limitado de la teoría se queda trunco. Saltar hacia lo ilimitado y menos racional. Creer, de este modo, se vuelve un acontecimiento. No un acto de fe, sino un salto de libertad hacia lo que todavía no se sabe. Como el deseo-puente que mencioné antes.

Otro riesgo aquí desafiante es el de *estar en suspenso*. La suspensión es un suceso, no es algo que se hace para que advenga otra cosa. Es el advenir mismo, no significa esperar o diferir una decisión. Se parece más a suspender sin detener la acción, para habitar espacios en los que "no existe ninguna necesidad de decidir sino de dejar advenir" (p. 31). En ese fragmento, Anne menciona la necesidad de proteger ese espacio del suspender. Y me parece que invita a pensar el vínculo con el cuidado, que tanto hemos conversado en estos momentos en los que la humanidad se encuentra atravesada por una pandemia mundial. ¿Qué se cuida cuando cuidamos? ¿Qué se dice cuando decimos que hay que cuidar a otros? ¿Invitamos al detenimiento o proponemos una suspensión? ¿Cómo cuidarse a sí sin diferirse?

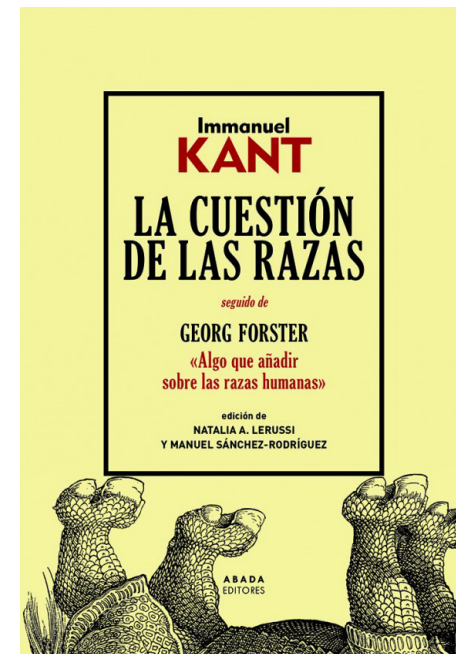
Cada tanto, en bastardilla, Anne presenta relatos de escenas, momentos, espacios analíticos. Allí la escena analítica se presenta atravesada por todos los problemas en los que se inserta. La literatura hace su juego, las palabras hacen su trabajo: desde allí, desde la escena analítica se pueden generar conversaciones con todas las otras escenas en las que no se está o en las que no se puede estar del todo porque la repetición se impone. Y, precisamente, porque en la escena analítica sucede que se está como en ningún otro lado, aparece

la lectura. Que es una de las formas que hace posible el encuentro con lo que nosotros mismos hacemos: “algunas personas no reconocen nada de las cosas que su palabra crea, de lo que la palabra alrededor suyo crea, hace o deshace” (p. 128). Se está en este mundo, se está vivo, quiero decir, se respira, se funciona y ese funcionamiento en algún momento se termina, para siempre o de a ratitos. Anne dice: “Nuestra finitud hace que sólo estemos de paso en este mundo” (p. 234). La pregunta es, entonces, ¿qué hacer mientras tanto? ¿Qué hacer mientras? Una respuesta posible es: variar. “La variación no es esquivar. [...] Es un arte muy formal de la repetición escogida y, por lo tanto, superada, que deja entrar en la repetición misma un dispositivo de invención supremo, yo diría casi de extravío” (p. 170). Variar como *perder la orilla*, otra vez, devenir navegantes de nuestras tormentas. En el fragmento que se llama “Romper” la pregunta es explícita: “¿Por qué preferimos conservar pobres miserias contra la alegría de lo que llegaría de lo desconocido, del mar abierto?” (p. 121). No hay dudas de que en este recorrido hay una orientación sobre cómo abordar, en una vida, este riesgo que se elogia. A mí me resonó con los conceptos de “vida” y “fragilidad”. Sin embargo, me pregunto por qué no significó este texto, también, un elogio a la muerte. ¿Acaso la muerte, esa idea de finitud con la que nos tenemos que ver a cada momento, *una* muerte, no es elogiada, también? ¿Acaso este texto no es una oda a esa muerte inmanente? Yo no sé, supongo que ejercitarse en perder la orilla abre una puerta a otras de las preguntas que Anne nos hace, y permite construir este *mientras tanto* en el que estamos. Sucede que, como destino trágico, la finitud nos muestra que una vez en la vida sólo nos queda encontrarnos con el acontecimiento fatal. Y eso implica que no hay otra

opción más que salir vivos asumiendo el costo de morir, cada vez. Anne retoma a Eurídice para decirlo de otro modo: “Eurídice nos recuerda que la muerte nos puede volver a llamar en cada momento, bajo todas sus formas: del renunciamiento al sacrificio, de la anestesia al abandono. Nos recuerda que correr el riesgo de «no morir aún» es una apuesta que al fin y al cabo perdemos, pero habiendo atravesado con más o menos plenitud y alegría, con intensidad, sobre todo, esta vida” (p. 257). Mientras tanto “¿Puedo tomar la palabra con dulzura? ¿Puedo hablar sin *tomarla*? ¿Acaso la palabra puede coexistir *amigablemente, fraternalmente, conmigo, con nosotros?*” (p. 126). Anne nos muestra que sí.

## Kant y las razas

LUCIANA MARTÍNEZ



Reseña de Kant, Immanuel, *La cuestión de las razas, seguido de Georg Forster, “Algo que añadir sobre las razas humanas”*, Lerussi, Natalia A. y Sanchez Rodríguez, Manuel (eds.), Madrid, Abada Editores, 2021, 247 pp.

Recibida el 20 de junio de 2022 –  
Aceptada el 15 de julio de 2022

El libro *La cuestión de las razas*, editado por Natalia Lerussi y Manuel Sánchez contiene un estudio introductorio a cargo de Lerussi y cuatro textos sobre el concepto de raza, traducidos por Sánchez y revisados por su colega. El estudio introductorio es un texto de enorme provecho, no solo como introducción para la lectura de los textos, sino también para la intervención en algunos de los debates actuales vinculados con ellos, en el ámbito de los estudios kantianos. En este sentido, considero que el trabajo de Lerussi es de utilidad, principalmente, para la investigación de dos clases de problemas. El primer problema es el del presunto racismo de Immanuel Kant. Este problema incluye la pregunta acerca de si tal racismo afectaría la consistencia y la significatividad de su filosofía crítica. Lerussi desarrolla una argumentación prolija, que se inclina a considerar que Kant era racista, pero también permite apreciar los razonamientos que conducirían a la posición contraria.

El segundo problema es el de los contenidos de la teoría kantiana de las razas. Respecto de este punto, Lerussi parte de la tesis de Robert Bernasconi, quien atribuye a Kant la invención del concepto moderno de raza (p. 8). El tratamiento de este problema por parte de Lerussi incluye asimismo los detalles del debate de Kant con Georg Forster. Las dos clases de interrogantes han recibido la atención de numerosos investigadores. El texto de Lerussi, quien es una reconocida especialista en los debates de la época, los desarrolla con claridad y precisión. Además, ofrece un comentario detallado y erudito del estado actual de la cuestión.

La edición realizada es completa y útil. Incluye los siguientes textos, traducidos al español: (i) “Sobre las diversas razas humanas” (1777), (ii) “Definición del concepto de raza humana” (1785), (iii) “Sobre el uso de